

HEART OF THE CONQUEROR

Aaron Dembski-Bowden

Angron's ascension to daemonhood drives the Legion's mortal followers into madness



LA HEREJÍA DE HORUS

CORAZÓN DEL CONQUISTADOR

AARON DEMBSKI-BOWDEN

ADEPTVS‡TRANSLATES

Y



DRAMATIS PERSONAE

Personaje Imperial de los Devoradores de Mundos

NISHA ANDRASTA	Navegante del *Conquistador*, nave insignia de los Devoradores de mundos

Las palabras quedaron suspendidas en el silencio tras abandonar los labios de Horus. Más allá de las altas ventanas de flexividrio la luz de las distantes estrellas danzaba en enfermizas conflagraciones de gas y polvo. Vestido con su servoarmadura y entronizado, el primarca de la XVI Legión fijaba sus mirada en la oscuridad como esperando oír una respuesta.

El Emperador la había elegido.

Tras aquella elección, el honor y el orgullo, las más insustanciales de las monedas, recayeron sobre su linaje. Muchos de sus primos —cientos de ellos, enredados en una telaraña de legitimidad y bastardía— le transmitieron sus mejores deseos, le susurraron advertencias o simplemente permanecieron en un hosco y envidioso silencio. Otros fueron más directos: recibió una pequeña fortuna en regalos, sobornos y favores, le llegaron casi un centenar de proposiciones formales de matrimonio, y sobrevivió a tres intentos de asesinato.

Nada de aquello importó. El Emperador la había elegido.

No lo había hecho en persona, por supuesto. Su decisión llegó en forma de un pergamino lacrado con el sello de Malcador. El senescal imperial había recogido de su puño y letra el mandato del Emperador y lo había enviado con diligencia a la Casa Andrasta. Ella no necesitó leer el pergamino para conocer la decisión del Emperador: ningún otro motivo podía haber para enviar una falange completa de custodios dorados a su palacio en las torres del Cuadrante de los Navegantes

Antes de que su padre tuviera siquiera tiempo de romper el lacre del pergamino frente a su corte, la noticia ya se había extendido como fuero por los demás palacios. Su padre sólo dijo dos palabras al capitán general de la Legio Custodes, las únicas dos palabras que se esperaban de él, las dos palabras más importantes que pronunciaría en las muchas décadas que todavía durara su vida.

—Ella acepta.

Una nave de guerra clase Gloriana, una de las únicas veinte jamás construidas. Aceptó porque no había precedente ni posibilidad de rehusar. Aquello era para lo que había nacido y para lo que había sido criada.

Un remolino de preparativos ocupó los días siguientes, un torbellino de esfuerzo de cuantos la rodeaban. En menos de una semana, a la vez mimada y hostigada por un pequeño ejército de esclavos y criados, zarpó en dirección a Marte.

En los cielos del Planeta Rojo la esperaba una nave que eclipsaba a cuantas la rodeaban, proyectando su sombra sobre todas ellas en los días finales antes de abandonar los muelles espaciales. Sintió su impaciencia antes incluso de poner un pie en su cubierta. Transmitía un hambre noble desde cada metro cuadrado de hierro oscuro y blindado.

—La Resolución adamantina —dijo en voz alta.

La nave insignia de los Perros de la Guerra. Su primera nave, y su nuevo hogar.

Eso había sido hacía una eternidad. Ahora eran los Devoradores de Mundos, y su nave el Conquistador.

La rebelión la confundía. Ella era un marinero, no un soldado. Su mirada se posaba por encima y más allá de las preocupaciones de la guerra y el territorio. Una guerra librada en nombre del Emperador no era diferente de una librada en nombre del Señor de la Guerra.

Pero sus sirvientes comenzaron a traerle noticias de la tripulación del Conquistador, sobre las conflictivas elecciones entre lealtad y traición. Algunos decían que la ambición de Horus lo había llevado a declarar la guerra a la propia Terra. Otros hablaban de la trágica muerte del Emperador, ensalzando a Horus en su esfuerzo por mantener bajo su mano un imperio que se resquebrajaba, deseando que regresara al Mundo-Trono para acabar con aquella guerra civil y gobernar en el lugar de su padre.

Ella no sabía a quién creer. Al menos no al principio. Pero con el paso de las semanas y los meses los rumores se convirtieron en informes y los informes en hechos. Aun así seguía sin saber cómo actuar o siquiera si debía actuar.

Sólo una verdad volvía a resonar en su mente, una y otra y otra vez. El Emperador la había elegido.

No el Señor de la Guerra. No lord Angron. No lord Aureliano, con quién navegaban entonces. Ellos la empleaban y la respetaban cuando se percataban de su existencia, pero no la habían elegido. Se habían rebelado contra Aquel que había

forjado el Imperio, habían declarado la guerra a Aquel que los había elevado a todos a una vida de esplendor, que había permitido a los clanes-familias de la Navis Nobilite surcar los negros golfos entre las estrellas.

Navegaban hacia Terra para matarlo, a Él que la había elegido.

El inmaterium era un océano de luz hirviente y aullante. Las caras bullían surgiendo de la locura, caras de su pasado que lloraban y reían y gritaban de ira mientras se derretían. Mirando más allá del casco podía percibir la sombra de la Trisagion que navegaba en las proximidades, pesada y gris y preñada de vida, atravesando aquellas olas agitadas. Las ondas del éter rompían contra la colosal nave de guerra de Lorgar haciendo que ésta crujiera y temblara como lo estaba haciendo también el Conquistador. Como toda nave atrapada en una tormenta, la forma más segura de sobrevivir era navegar sobre las olas crecientes, luchar contra ellas con esperanza, habilidad y la confianza en el hierro santificado. Y aun así, donde el Conquistador avanzaba de manera penosa, laTrisagion no parecía sufrir: donde la primera casi se arrastraba mientras las olas impactaban en su vientre, la segunda parecía cortar el océano de éter como una hoja inmensa e insolente.

La negrura presionaba sobre ella desde el exterior de la nave, una oscuridad que ningún ojo podía atravesar: no se trataba de una mera ausencia de luz, sino de la misma muerte de ésta. Un navegante sabía de manera intuitiva lo que ningún otro ser humano podría experimentar: que las olas más profundas de la disformidad se comían la luz. Allí era donde toda iluminación iba a morir.

Su faro era el fulgor del Emperador. Más tenue entonces, turbia como si la asaltara un dolor, pero aun así la única luz con la que podía navegar. Se dejaba bañar por ella, como siempre había hecho. Seguía al Astronomicón, el resplandor que iluminaba las más oscuras orillas de irrealidad tras la realidad.

La capitana Sarrin se había presentado en sus cámaras no hacía mucho, para hablar acerca de las cada vez más desapacibles corrientes de la disformidad. Apreciaba a la capitana Sarrin, quien la llamaba «mi navegante» como era apropiado, no «dama Nisha Andrasta» como sus aduladores sirvientes. La conversación no había durado mucho, porque Nisha no tenía respuestas que dar a su capitana. La disformidad era cada vez más inhóspita, la luz del Emperador cada vez más borrosa, y no sabía la razón tras ninguno de aquellos hechos, sólo que así eran.

Lord Aureliano vino entonces a verla, tiempo después. El Conquistador navegaba demasiado despacio, le dijo. Estaba retrasando a la flota. Ella había pedido perdón por ello, y él había sonreído con el esplendor de su padre. No había nada por lo que pedir perdón, le dijo. Algunas lecciones costaba más tiempo aprenderlas, eso era todo. Entonces le habló de otras rutas a través de la disformidad. Otras iluminaciones, otras luces con las que orientarse. La Trisagion, dijo, no se guiaba por el Astronomicón, sino por las canciones de dioses distantes. ¿No podía ellas oírlas? Podría, si lo intentara de verdad. Su voz sonaba con los suaves tonos de un maestro, pero pudo ver su propia muerte aguardándola tras aquellos ojos amables.

—¿Oye la canción de los dioses, navegante Andrasta?

—Sí —había dicho al portador de la palabra.

Lord Aureliano la había dejado en paz, pero el Conquistador seguía luchando desesperadamente contra las olas. Su mentira no se mantendría mucho tiempo.

En sus cámaras palaciegas del interior del Conquistador acariciaba la ornada pistola láser con sus manos enguantadas, manteniéndola oculta. Sus uñas estaban prístinas, cuidadas día y noche por sus auxiliares. Sus esclavos la mantenían odiosamente limpia: si aquello era para prevenir infecciones o simplemente como una manía de la corte de su padre, no estaba segura. Su majestuosa túnica se pegaba a su piel como el sudor de un honesto marinero. Su trono interpretaba sus silenciosos impulsos y hasta el más mínimo temblor de sus músculos forzando a la nave a seguirlos.

A través de su vínculo con el cambiante —mutante— espíritu-máquina del Conquistador, sintió la furia de la cosa encadenada en la más profunda oscuridad de su vientre, la cosa que una vez fuera su primarca, y cuya existencia estaba retorciendo el sagrado metal de la nave para volverlo una imagen de la ira de Angron. ¿De qué servía un campo de Geller cuando la disformidad se encontraba ya en el interior de los huesos del Conquistador?

A través de su tercer ojo vio la Trisagion avanzar frente a ella una vez más, a una infinidad de distancia ya. El Conquistadorgemía y avanzaba penosamente a la estela de la otra nave.

Cuando el Emperador la eligió —y no estos monstruos y hombres que ahora navegaban con el fin de asesinarlo—, había creído sin duda alguna que pagaría

cualquier precio por ver las estrellas y los mundos de los que la humanidad nunca antes había sido testigo. El tiempo había convertido aquella verdad en una mentira: no pagaría el precio de traicionar a Aquel que la había elegido.

Apoyó el cañón del arma contra su sien. Sus auxiliares corrieron hacia ella gritando, llorando.

—Por el Emperador —les dijo.

La navegante Nisha Andrasta apretó el gatillo y arrancó al Conquistador de la disformidad en una cascada de metal torturado y aullante.

FIN DEL RELATO